

embargo, no se supone que debe ser una fuerza de control que limita aquello que uno puede hacer. La obediencia que aprendemos de la Iglesia y de sus padres espirituales tiene que ser la obediencia misma a Cristo y no a una persona específica.

El padre espiritual debe asistir a los fieles en el camino que han emprendido ayudándoles y proveyéndoles con discernimiento y guía. El padre espiritual no debe ser una fuerza ordenadora que da permiso o nos restringe de hacer lo que hemos elegido. Hay una gran diferencia entre la autoridad que los clérigos tienen para guiar a la Iglesia y la responsabilidad del padre espiritual de ser mentor y guía de su hijo espiritual. *“El padre espiritual no ejerce coerción ni da ordenes; sino que toma a su hijo espiritual de la mano y lo guía por el camino, con gentileza pero también con firmeza”*. Mientras que los sacerdotes tienen la responsabilidad de administrar los sacramentos de acuerdo a los cánones y a la Tradición de la Iglesia, el padre espiritual sirve como guía al hijo espiritual y se hace de él su mentor a través del camino cristiano de vida.

La relación existente entre un padre espiritual y su hijo debe siempre estar en el contexto del amor y de una cercana relación personal, similar a la relación que tienen los padres biológicos con sus hijos. San Juan Clímaco describe al padre espiritual como un *“anádocos”* que es precisamente el término usado para definir a un padrino en el bautismo y que significa que uno ha asumido la responsabilidad del otro. Aquellos que han asumido la responsabilidad de ser padres

espirituales son llamados a guiar por medio del ejemplo y no por medio de órdenes. Siempre el cuidado extremo que hay que tomar es no hacer de esta persona un ídolo sino un padre espiritual, aun aquellos a quienes les reconocemos una santa forma de vivir. Cuando el evangelio nos amonesta a *“no llamar a nadie más padre”* significa que todo padre debe compartir la paternidad de Dios, recordando que toda obediencia es en definitiva obediencia a Dios. Debemos siempre recordar que tanto el padre espiritual como su hijo están en el camino a Dios y que estos son *“sujetos de las mismas condiciones y mandamientos, ambos deberán estar de pie ante el trono de Dios”* pese a que el padre espiritual pueda estar un paso más adelante. Cuando el padre espiritual se convierte en una persona que solo ordena y se olvida de guiar con amor y con su ejemplo, el director ha dejado de seguir los mandamientos de Dios. De acuerdo a Abba Mius de Belos la *“obediencia responde a la obediencia”* y no a la autoridad.

Continúa la semana próxima

Los santos de la semana

Lunes 14:	Santa Nina
Martes 15:	San Pablo de Tebas
Miércoles 16:	Las cadenas de San Pedro
Jueves 17:	San Antonio el Grande
Viernes 18:	Santos Atanasios y Cirilo
Sábado 19:	San Macario de Egipto
Domingo 20:	San Eftimio el Grande



La Voz del Señor

Año VII - Nro 2 - 13 de enero de 2008

Domingo posterior a la Epifanía

Sobre la Oración (II)

Para que Cristo venga a nosotros, hay que tener un corazón puro

La gracia divina nos enseña nuestro propio deber. Esa gracia no viene si no la atraemos por nuestro amor y nuestro deseo de ella. La gracia de Dios requiere un amor divino. El amor es suficiente para ponernos en *“forma”* para la oración. Cristo vendrá por sí mismo y se inclina sobre nuestra alma. Le es suficiente para eso el encontrar pequeñas cosas que le agradezcan: la buena voluntad, la humildad y el amor. Sin eso, no podemos decir: *“Señor Jesucristo, ten piedad de mí”*. Tenemos, por ejemplo, una radio. Cuando ponemos el receptor en la posición 1 donde se encuentran más emisoras, entonces la recepción es mejor. En la posición 2, no hay tantas emisoras y la cualidad de escuchar es menos buena. En la posición 3, la emisión no es audible nunca. Lo mismo pasa en la comunicación con lo divino. Cuando el alma está dirigida hacia la posición 1, la comunicación es buena. Esto es debido, seguramente, por dos condiciones: el amor y la humildad. En esas condiciones, el alma se comunica con Dios, escucha su voz, recibe su palabra, tiene fuerza, recibe la gracia divina, se transforma. Se dirige hacia Dios suavemente y alcanza la compunción. Cuando existe menos

amor y humildad posición 2- nos comunicamos no tan bien con lo divino. Cuando el alma está en la posición 3, no hay ninguna comunicación, porque está llena de pasiones, de enemistad, de odio, y no puede elevarse.

Para que Cristo venga a nosotros, cuando lo invocamos por *“Señor Jesucristo, ten piedad de mí”*, tiene el corazón que ser puro, que no tenga ningún obstáculo, que esté libre de todo egoísmo, maldad y odio. Tenemos que amarlo y que nos ame. Si, mientras tanto, nuestra conciencia nos condena en algo, hay un *“secreto”* para salir. Este *“secreto”* es pedir perdón o hablar con su padre espiritual. Pero eso necesita humildad, como habíamos dicho. Si te conformas practicando las palabras de Dios, si no tienes una mala conciencia y si estás tranquilo y haces buenas obras, entras pues en la oración suavemente, sin darte cuenta. Luego, esperas simplemente, con paciencia, hasta que la gracia venga.

Pase lo que pase, echase la culpa a uno mismo. Es importante que reces con humildad y sin justificarte. Por ejemplo: ¿Observas que tu prójimo te mira con rivalidad? Rezas entonces con amor, para poner amor en la rivalidad. ¿Escuchas calumnias contra ti? Rezas. Rezas porque *“el rumor de las murmuraciones no quedará oculto”* (Sab 1:10). El menor murmullo contra tu prójimo influye en tu alma y como consecuencia ya no puedes rezar. Cuando el espíritu encuentra el alma en tal disposición, no osa acercarse.

Hay que pedir a Dios que su voluntad se cumpla en nuestra vida.

Nuestras oraciones no son oídas porque no somos dignos. Hay que devenir digno para poder rezar. No somos dignos porque no amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Cristo le dice: *“Si vas, pues, a presentar una ofrenda ante el altar y allí te acuerdas de que tu*

hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y luego vuelve a presentar tu ofrenda" (Mt. 5, 23-24). Primero, ve a reconciliarte con tu hermano, que te perdona, pues te vuelves digno. Sino, no puedes rezar. Si no estás digno, no puedes hacer nada. Cuando arregles todo lo que tienes que hacer y estés listo, entonces ve y presenta tu ofrenda. Se vuelven dignos los que desean y languidecen pertenecer a Cristo, los que se dan totalmente a la voluntad de Dios. Que no tengas ninguna voluntad es algo de gran valor, todo está aquí. El esclavo no tiene ninguna voluntad. No tener ninguna voluntad puede ser de la siguiente manera: con el amor a Cristo y la guardia de sus mandamientos: "el que recibe mis preceptos y los guarda, ése es el que me ama; el que me ama a mí será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él" (Jn 14, 21). La lucha es necesaria. Tenemos que luchar contra "los dominadores de este mundo tenebroso" (Ef. 6, 12). Tenemos que luchar contra "el león rugiente" (I Pedro 5, 8). No está permitido en esa lucha que el diablo gane.

Eso supone lágrimas, arrepentimiento, oración, limosna, petición con confianza, en Cristo y no con poca fe. Sólo Cristo puede sacarnos del abandono. Oración, arrepentimiento y limosna. O sea dar una copa de agua, si no tienes dinero. Que lo sepas: en tanto te santifiques, ello implicará que tus oraciones serán oídas.

No hay que chantajear a Dios por medio de nuestras oraciones. No debemos pedir a Dios que nos quite penurias, nuestras enfermedades, por ejemplo, o que resuelva nuestros problemas, pero pidámosle fuerza y apoyo para poder soportarlos. Como Él toca con delicadeza la puerta de nuestra alma, así debemos pedir con delicadeza lo que

deseamos y si el Señor no nos contesta, dejemos de pedírselo.

Cuando Dios no nos da lo que pedimos con insistencia, tiene sus razones. Dios tiene sus "secretos". Como creemos en su buena providencia, como creemos que Él conoce todo de nuestra vida y quiere siempre el bien ¿Por qué no le mostramos confianza? Recemos pues simplemente, suavemente, sin que nos esforcemos y sin pasión. Sabemos que el pasado, el presente y el futuro son conocidos, "desnudos y descubiertos ante Dios". Como lo dice el apóstol Pablo: "no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia, antes son todas desnudas y manifiestas a los ojos de aquel a quien hemos de dar cuenta" (Hb. 4, 13). En cuanto a nosotros, no insistamos; el esfuerzo hace más malo que bien. No corramos para obtener lo que queremos, pero confiemos todo eso entre las manos de Dios. Porque, más codiciamos algo, más se alejará. En consecuencia, tenemos que tener paciencia, fe y serenidad. Y, aún olvidemos nuestro pedido, el Señor no olvida nunca, y si es para nuestro bien, "El nos dará lo que necesitamos en el momento oportuno".

En la oración, pidamos solamente la salvación de nuestra alma. ¿No dice el Señor: "Buscad primero el Reino de Dios y todo lo demás será dado por añadidura"? (Mt. 6, 33). Fácilmente, muy fácilmente, el Señor puede darnos lo que deseamos. Ahí está el secreto. El secreto es no tener que pedir cosa alguna. El secreto es pedir de manera desinteresada nuestra unión con Cristo, sin decir: "Dame esto o aquello". Es suficiente decir: "Señor Jesucristo, ten piedad de mí". Dios no tiene necesidad que le informemos de nuestras varias necesidades. Las conoce a todas, incomparablemente mejor que nosotros mismos y nos ofrece su amor. La cuestión es responder a ese amor con la oración y el cumplimiento de sus manda-

mientos. Pidamos que la voluntad de Dios se haga: eso es lo que tiene más interés, es lo más seguro para nosotros y para quienes rezamos. Cristo nos dará en abundancia. Pero cuando existe aun una sospecha de egoísmo, nada nos será concedido por el Señor.

Padre Porfirios (+1973)

Tropario de la Resurrección (Tono 8)

"Descendiste de las alturas, Compasivo, y aceptaste la sepultura por tres días, para liberarnos de las pasiones; ¡Oh Vida y Resurrección nuestra, gloria a Ti!"

Kontakion de Epifanía (Tono 3)

"Hoy Te has manifestado al mundo, Señor, y Tu Luz se alzó sobre nosotros, quienes con conocimiento cantamos Tu alabanza diciendo: "Has venido y has te manifestado, Luz inaccesible"

Carta a los Efesios (4:7-13)

Hermanos, a cada uno de nosotros le ha sido concedida la gracia a la medida de los dones de Cristo. Por eso dice: Subiendo a la altura, llevó cautivos y repartió dones a los hombres. ¿Qué quiere decir "subió" sino que también bajó a las regiones inferiores de la tierra? Éste que bajó es el mismo que subió por encima de todos los cielos, para llenar el universo. Él mismo dispuso que unos fueran apóstoles; otros, profetas; otros, evangelizadores; otros, pastores y maestros, para la adecuada organización de los santos en las funciones del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la plena madurez de Cristo.

Santo Evangelio según San Mateo (4:12-17)

En aquel tiempo, cuando Jesús se enteró

de que Juan había sido arrestado, se retiró a Galilea. Y, dejando Nazaret, se estableció en Cafarnaún, a orillas del lago, en los confines de Zabulón y Neftalí, para que se cumpliera lo que había sido anunciado por el profeta Isaías: ¡Tierra de Zabulón, tierra de Neftalí, camino del mar, país de la Transjordania, Galilea de las naciones! El pueblo que se hallaba en tinieblas vio una gran luz; sobre los que vivían en las oscuras regiones de la muerte, se levantó una luz. A partir de ese momento, Jesús comenzó a proclamar: "Conviértanse, porque el Reino de los Cielos está cerca".

El Padre Espiritual: guía y mentor (II)

(Continuación)

Cristo siempre invitó a aquellos que lo rodeaban pero nunca les insistió: siempre uso palabras como "siganme" (Mt 4:19, 8:22, 9:9, 16:24). Obediencia a la Iglesia es siempre una obediencia voluntaria que uno elige haciendo uso de su libre voluntad. Nunca somos forzados o exigidos a creer en Cristo, o a seguir sus enseñanzas. Es una elección voluntaria. Pero una vez que la decisión de seguir a Cristo es tomada, los pasos para cada cristiano son puestos por la Iglesia. Pero, recuerde, la elección diaria de vivir una vida cristiana dependen siempre de cada individuo. Nunca seremos forzados a actuar de determinada manera para ser cristianos.

La obediencia a la que estamos llamados no es hacia una persona específicamente, sino más bien a las enseñanzas del Señor que nuestros guías intentan modelar en sus vidas. Si hemos de ser más obedientes a una persona que a Cristo mismo y a sus mandamientos, nos arriesgamos a hacer de esta persona un ídolo que toma el lugar de Dios. Esta autoridad, sin